



Lady Wilkinson Sword

MS. WILKINSON — LA DAMA DE ACERO • Ferdinando Frega

Lady Wilkinson Sword

MS. WILKINSON — LA DAMA DE ACERO

La vida nunca es una colección de oportunidades.

La vida es una única oportunidad que no llega dos veces.

Así fue para mí.

Durante mis años en la masonería italiana, reconocida en sus rituales y tradiciones por la Gran Logia Unida de Inglaterra, tuve la oportunidad de participar en una reunión bastante insólita.

Ya estaba en el Tercer Grado, y sin embargo llegué con la mentalidad adecuada: la de un Aprendiz.

No era una reunión ritual.

No había mandiles, ni símbolos, ni palabras que memorizar.

Era simplemente una cena.

Una cena en Londres.

Una de esas veladas que parecen ordinarias mientras las vives y solo se vuelven extraordinarias muchos años después, cuando por fin comprendes su significado.

Londres tenía su encanto de siempre.

La historia parecía asomarse desde cada edificio.

La Corona.

La City.

Los clubes privados.

Las instituciones.

Las tradiciones que sobreviven más que los hombres que las crearon.

Fue a través de mis anteriores experiencias profesionales dentro de Gillette, y en aquellos lugares, donde me topé, casi por accidente, con una historia mucho más antigua que yo.

Una historia que no pertenecía a la masonería.

Ni pertenecía a los negocios.

Pertenecía a Inglaterra.

Su nombre era Wilkinson Sword.

O quizá sería más exacto llamarla:

Lady Wilkinson Sword.

Porque algunas empresas generan beneficios.

Otras crean historia.

Ella había hecho ambas cosas.

Su acento era inglés, sus maneras elegantes, su estilo refinado.

Sonreía a través de los años que llevaba a cuestas.

Sabía que ya no era joven.

Había perdido la ligereza de la juventud, pero no la claridad de su mente.

Su intelecto seguía siendo fuerte.

Sus ideas seguían siendo afiladas.

Cada vez que me hablaba, empleaba ese tono casi romántico de un viejo gato ronroneando junto a la chimenea, y siempre pronunciaba mi nombre con una ligera imperfección:

«Fernando...»

Nunca necesitó que la presentaran.

Solo necesitaba entrar en la sala.

Cargaba consigo el peso de la historia.

Había vivido guerras, reyes, reinas, revoluciones industriales, adquisiciones y consejos de administración.

Había visto a hombres hacerse ricos.

Había visto desaparecer imperios.

Había visto a directivos convencidos de ser inmortales.

Y sin embargo, ella seguía allí.

Elegante.

Callada.

Británica.

En ese momento comprendí que algunas empresas no son empresas en absoluto.

Son instituciones.

Algunas pertenecen a los accionistas.

Otras pertenecen a la historia.

Lady Wilkinson Sword pertenecía a estas últimas.

Y yo empezaba a pertenecerle, aunque solo fuera un poco, también a ella.

Ferdinando Frega